

Representaciones del espacio en las metrópolis contemporáneas (*Algunas reflexiones sobre el habitar urbano desde Georg Simmel y el pensamiento existencialista*)

Enrique del Acebo Ibáñez

1. Introducción: el habitar humano

El habitar constituye un *proprium* o característica distintiva del ser humano. No implica la mera ocupación de un espacio, «estar» o «poseer vivienda». El habitar supone un eco y un fundamento en la más radical forma de existir. Habitar y existencia se suponen, se necesitan, se recrean y se justifican al modo del *Dasein* heideggeriano.

Ser-en-el-mundo que, conjugado en términos de *espacio* y *tiempo*, deviene arraigo, apropiación de un ámbito cualificado y cualificador del habitante, *homo conditor* por antonomasia. La arquitectura aparece, así, como tributaria de esta condición humana preexistente: como reconoce Heidegger, edificar y construir vivienda supone la previa acción (y disposición) del habitar.

El hombre es-en-tanto-que-habita adquiere una especificación en cuanto que es-en-la-ciudad. Ciudad que tiene dos constitutivos formales: continuidad y contiguidad, que responden, respectivamente, a sendas propiedades eminentemente humanas, que son la historicidad y la sociabilidad. La ciudad, en tanto *continuum-contiguuum*, constituye una virtual encrucijada que puede y debe transformarse en verdadero encuentro del hombre: encuentro con su pasado, con sus raíces histórico-culturales, encuentro con los demás y, en definitiva, encuentro consigo mismo. Podrá vivirse en ámbitos distintos de las ciudades, pero nunca podrá dejarse de tenerlas en cuenta, y de buscar apoyo en ellas (Cfr. E. del Acebo Ibáñez, 1988).

El arraigo, entrecruce de las dimensiones espacial y temporal, remite al concepto de *patria*. La limitación espacial-territorial inherente a este concepto, se da conjuntamente con su ilimitación temporal. El amor a la patria, para Simmel, es un símbolo de esa ilimitación temporal. Se trata de un espacio vivido por nosotros ahora, que ha sido vivido por nuestros antepasados, por nuestros «padres» no sólo en un sentido biológico sino fundamentalmente cultural. Decía Cicerón que no hay nada que acerque más al hombre a lo divino que el arte de fundar ciudades, y de cuidar las ya fundadas. Recordemos, si no, a los romanos, con todo su rito fundacional y su respeto hacia los antepasados y la tradición, verdadera semilla espiritual de toda nueva ciudad. Esto permitía el entrecruce de la dimensión horizontal -vinculativa

entre sus habitantes- con la dimensión vertical, que facilitaba la unión del hombre ciudadano con lo ultramundano, con lo trascendente, con los propios muertos. La ciudad no es, en consecuencia, un mero amontonamiento de casas, sino, fundamentalmente, una conjunción de voluntades y de querer (Cfr. E. del Acebo Ibáñez, 1983). La vida en las grandes ciudades, sin embargo, ha prohiado el surgimiento de lo que Spengler da en llamar el «nuevo nómada» (el nómada intelectual), un hombre desarraigado, que ha perdido todo vínculo con los valores de la patria. El nómada intelectual se convirtió en *ciudadano del mundo*, mundo que en virtud de su «globalización» cree más en sí mismo y en su «necesariedad» que en sus primigenios ciudadanos.

2. Representaciones del espacio metropolitano

El espacio de las metrópolis, caracterizado por su heterogeneidad, pluralismo y expansión, influye a (y se deja influir por) sus habitantes reales y potenciales.

En su sugerente estudio sociológico del espacio, Simmel (1977) hace muy valiosas aportaciones al respecto, al referirse a las *cualidades del espacio que influyen sobre las acciones sociales recíprocas*, a saber: a) exclusividad *versus* pluralidad, b) existencia de límites *versus* inexistencia de límites, c) proximidad espacial y sensible *versus* proximidad intelectual y espiritual, y d) fijación local completa por parte del habitante *versus* plena libertad para abandonar el espacio.

2.1. Exclusividad *versus* pluralidad

El espacio metropolitano se presenta como un ámbito de *implosión* cultural - como diría Mumford-, con una centripetalidad psico-socio-económico-cultural muy marcada que no hace sino enfatizar su *pluralidad*. Precisamente, lo *global* no encuentra mejor caja de resonancia para el tipo de racionalidad que genera, ni mejor ámbito reproductivo, que la metrópolis.

Mientras la *exclusividad* dice relación con la individualidad del todo (espacial), la *pluralidad* se nutre (a la vez que lo reproduce) del individualismo exacerbado presente en el habitante de las grandes metrópolis. Es pluralidad entonces de individualidades. Implica, en suma, «individualizar» la metrópolis en tanto espacio «plural».

2.2. Existencia de límites *versus* su inexistencia

La metrópolis es, fundamentalmente, un espacio en expansión, en continua reproducción de sí mismo, sólo «extingible» -paradojalmente-, al conformar una megalópolis que, en tanto encuentro de dos metrópolis, no viene a ser sino la confirmación -y legitimación- del fenómeno metropolitano.

Los espacios con límites, acotados, producen -para Simmel- reacciones psicoló-

gicas distinguibles respecto de las que producen los espacios abiertos, sin límites. *Extensión* del espacio que guarda íntima vinculación con la *intensidad* de las relaciones humanas que se dan en él.

Así, para Simmel «la vida sentimental se liga más fuertemente y de un modo más eficaz a las configuraciones diferenciadas, incomparables, sentidas como únicas; por ejemplo, a una vieja ciudad angulosa e irregular, más que a una ciudad moderna de calles rectas; y a la montaña, en la que cada trozo ofrece un aspecto individual e inolvidable, más que a la llanura, cuyos fragmentos son todos iguales» (G. Simmel, 1977, p. 651).

Sin embargo, aun los espacios aparentemente ilimitados (o que tienden a la ilimitación) reciben la adjudicación de algún tipo de límite dado que -como advierte Pierre George (1969, p. 34)- según las modalidades de la vida corriente, de la vida cotidiana, «el hombre se ve en la tentación de dar al espacio 'vivido' las dimensiones correspondientes a sus frecuentaciones», aspecto en el cual concuerda Simmel cuando sostiene que la *continuidad* del espacio permite trazar en todas partes límites *subjetivos*, precisamente ante la carencia de un límite absoluto.

Quiere decir que, aun en espacios que, como el metropolitano, tienden a borrar la precisión de sus límites, éstos -aunque de otro modo- siguen estando. El límite es un constitutivo, un *proprium* del ser humano y, por extensión, del fenómeno metropolitano. Y ello a pesar suyo, dado que, como bien observa Simmel, el *límite sociológico* es la espacialización de los procesos que operan en los límites anímicos: así, los límites espaciales «no son más que la cristalización o espacialización de los procesos que actúan en los límites anímicos, únicos reales. Los que se limitan mutuamente no son los países, no son las tierras, no es el radio de la ciudad y el del campo; son los habitantes o propietarios que ejercen una acción mutua» (G. Simmel, 1977, p. 652). De modo que el límite no sería *un hecho espacial con efectos sociológicos*, sino *un hecho sociológico con una forma espacial*.

Parece importante destacar que la tendencia a la inexistencia de *límites espaciales* por parte de las metrópolis favorece o preconiza el surgimiento de *límites sociológicos* y, con ello, de ese individualismo postulado por Simmel como una de las principales características de la vida metropolitana. «El límite sociológico - sostiene el sociólogo alemán (1977, p. 652)- lleva consigo una acción recíproca muy singular. Cada uno de los dos elementos actúa sobre el otro, en cuanto le pone el límite; pero el contenido de esta actuación consiste en no querer o no poder actuar más allá de este límite y, por consiguiente, sobre el otro». Esto hace que cada una de las personalidades lindantes adquiera un *hermetismo propio*. De ahí que se establezca entre ambas eso que se simboliza en el límite espacial, de modo que el poder y derecho positivos de la propia esfera se completan por la conciencia de que este poder y derecho *no se extiendan* en la otra esfera.

2.3. Proximidad espacial y sensible versus proximidad intelectual y espiritual

Definir qué es lo próximo y qué lo lejano se emparenta no sólo con lo estrictamente psicológico sino también con lo social y cultural. En efecto, la definición de la situación interactiva por parte de los actores sociales involucrados como *próxima* o no, supone una suerte de causación circular entre los subsistemas espacial, social, cultural y de la personalidad. En ese sentido es que bien puede decirse que así como hay «proximidades» que alejan, hay «distancias» que acercan a los actores sociales.

Para Simmel cuanto más «primitiva» es la conciencia de los individuos, más incapaces serán de representarse como pertenecientes a la misma comunidad a aquéllos que están separados por el espacio. Del mismo modo, más difícil también les resultará representarse como ajenos a aquellos actores sociales que se hallan espacialmente próximos. En suma, a mayor primitividad en la conciencia, mayor necesidad de la *proximidad sensible* a la hora de contar con una más acabada conciencia de la comunidad. Cabe aclarar, de todos modos, que para Simmel esta proximidad no se presenta como un hecho espacial *objetivo*, sino como la *superestructura anímica* sobre ese hecho.

Proximidad o distancia *sensible*, en suma, que el espacio pone entre las personas que interactúan y que constituye una suerte de relación «externa» que, transformada, produce «acciones recíprocas sociológicas vivas».

Por el otro lado, la *distancia espacial* puede jugar -como enunciamos- a favor de una *proximidad sociológica y espiritual*, hasta un cierto límite. En efecto, en las relaciones sociales existe un cierto límite de superación, un «umbral» de distancia, pasado el cual se paraliza todo ese proceso abstractivo implícito en la proximidad intelectual o espiritual.

Quiere decir que la existencia de relaciones entre individuos muy alejados desde el punto de vista espacial o geográfico supone, para Simmel, un cierto grado de desarrollo *intelectual*. En cambio, cuando los individuos están próximos espacialmente predomina *lo sensible*, lo que se manifiesta «en el hecho de que, con vecinos muy próximos, ha de haber relación, ya amistosa, ya hostil [...]; parece que la indiferencia recíproca es imposible cuando existe proximidad espacial» (Simmel, 1977, p. 674). Así, esta proximidad física o espacial puede ser tanto la base de la más sublime dicha como de la más insoportable violencia.

La proximidad intelectual, por su parte, presenta el sociólogo alemán un tinte característico: «La intelectualidad dominante significa siempre una disminución de los extremos sentimentales, [ofreciendo] una base general de mutua comprensión [pero] pone, por otra parte, cierta distancia entre los hombres; al hacer posible la aproximación y coincidencia de los más alejados crea, en cambio, una relación *objetiva* y más fría entre los próximos» (ibid., p. 674).

De modo que no siempre lo cercano es lo íntimo, como tampoco lo extraño es

siempre lo que está situado más allá del límite, como bien destaca Bollnow. Fenómeno que se emparenta con aquella «distancia de evasión» a que hace referencia König, y también Weber: el hombre es poco proclive a mantener relaciones demasiado estrechas en espacios muy reducidos, a fin de preservar, así, la posibilidad de «poder elegir» con quién se relacionará personal e íntimamente. Es que, como afirma Heidegger, la proximidad que avecina no descansa sobre la relación espacio-tiempo, lo que entronca con la afirmación de Simmel en cuanto a la que la proximidad física no es siempre la consecuencia adecuada de la aproximación interior.

En la relación de vecindad próxima puede darse, tanto en el caso de personas de elevado nivel educativo como en la vida en las metrópolis contemporáneas, «una indiferencia completa y la exclusión de toda reacción sentimental mutua. En el primer caso porque el predominio de la intelectualidad relega a segundo término las reacciones impulsivas; y en el segundo porque los contactos incesantes con incontables personas producen el mismo efecto, por atrofia. En este caso, la indiferencia hacia el vecino es una simple medida de precaución sin la cual, en la gran ciudad, se vería uno desquiciado y destrozado» (Simmel, 1977, p. 675).

Entra aquí a jugar también otro fenómeno muy bien estudiado por Simmel: la *reserva* o *secreto*, otra forma de defensa ante las múltiples sollicitaciones del espacio granurbano y la invasión de lo público sobre lo privado.

2.4. Fijación local completa versus plena libertad para abandonar el espacio

No resulta fácil desentrañar el grado de *fijación local* de los habitantes metropolitanos. De una parte, y tal como Spengler lo afirmaba, se trata de «nómades intelectuales», individuos cuyo marco de referencia lo constituye la cultura metropolitana que, paradójicamente, supera el ámbito territorial local que la cobija, emparentándose con lo global.

Pero esto implica que en la secuencia «sujeción local completa - plena libertad para abandonar el espacio», el habitante metropolitano se ubicaría obviamente más cerca de este último polo. Sin embargo, esa falta de fijación espacial-local, es reemplazada por una «necesaria» (o al menos sentida así) fijación cultural-global, que hace que un habitante de una metrópolis cualquiera se sienta más a gusto y como «en casa» viviendo en otra metrópolis de otro país o región, que como quizás se sentiría haciéndolo en una localidad cuasi-rural cercana a su metrópolis de origen, como bien puntualizaba Spengler en su obra *La decadencia de Occidente*.

Claro que como el hombre es un ser que tiende al arraigo, aun ese inicial predominio de la fijación cultural-global puede dar lugar también a la fijación propiamente espacial, pero como tributaria de aquélla. Espacio metropolitano que, vale aclarar, también se tiñe de otra de las características que Simmel atribuye a la vida en las metrópolis: el racionalismo a ultranza, admitiendo cierta inexorabilidad en esta suerte de revolución racionalista de la ciudad, dada la cada vez mayor

complejidad de la sociedad; racionalismo espacial urbano que redundará negativamente en términos de «desaparición de lo individual, de lo casual, de los rincones y curvas de las calles, sustituidas por la línea recta, por la construcción según normas geométricas, obedeciendo a leyes generales» (G. Simmel, 1977, p.667).

Por detrás de toda esta *racionalidad urbanística* se está en presencia de una aceleración del tiempo histórico, de profunda gravitación en todos los ámbitos. El derribo de calles sinuosas, la construcción de nuevas vías diagonales y el sistema moderno del ángulo recto ahorran espacio; pero para Simmel significan, ante todo, *ahorro de tiempo*. Todas estas transformaciones ecológico-urbanas han comenzado a provocar, según advierte Pinillos, una disonancia entre el espacio de la ciudad y el esquema corporal humano, con grave detrimento para el segundo. Así, para este psiquiatra español «la cuadrícula arquitectónica exige al ciudadano la mecanización de sus procesos psicológicos decodificatorios, imprimiendo en ellos estructuras inorgánicas, más afines al procesado que efectúan las computadoras que a la elaboración vivencial propia de la subjetividad humana» (J.L. Pinillos, 1977, pp. 60s.). Los espacios cuadriculados, despersonalizantes por lo anónimos, carecen de «las marcas de las peculiaridades históricas y las irregularidades con que los usos inveterados imprimen carácter a las ciudades antiguas y a los barrios populares» (ibidem, p. 53).

Esta aceleración histórica no favorece, por cierto, el arraigo del hombre en un espacio determinado. Justamente, en las complejas colectividades urbanas contemporáneas el desarraigo aumenta en función de una aceleración en la movilidad tanto geográfica como profesional y social en general. De modo que puede hablarse no sólo de desarraigo *espacial* o geográfico, sino también de desarraigo *cultural* -comprendiendo toda la gama de situaciones anómicas posibles-, así como de desarraigo *social*, entendido como la falta de sentido de pertenencia a grupos fundantes del individuo así como la falta de participación. Obsérvese la íntima relación que se verifica entre estos tipos de desarraigo. O, mejor aún, las distintas especificaciones que asume el mismo fenómeno en el ámbito metropolitano (Cfr. E. del Acebo Ibáñez, 1996). No en vano Lersch denunciaba la despoetización del mundo y la pérdida del «alma» de las cosas: «La racionalización del mundo mata lo cualitativamente único y trata de traducirlo a lo cuantitativamente repetible, por la razón de que esto se puede calcular y dominar» (Ph. Lersch, 1973, p. 41).

Esta *despoetización del mundo*, conjuntamente con la *crisis de la estimativa* denunciada ya varias décadas atrás por Mannheim, hace que todo desarraigo «exterior» que puede sufrir el habitante de fin del milenio se conjugue peligrosamente con una suerte de desarraigo «interior» del hombre. De ahí la advertencia de Bollnow (1962), en el sentido de que el ser humano, en tanto *homo viator*, caminante eternamente acosado, tiene que aprender a detenerse en su camino y a fundarse una morada, un ámbito de amparo y protección, de recuperación de la intimidad.

BIBLIOGRAFIA

- DEL ACEBO IBÁÑEZ, Enrique. *Sociología del arraigo. Una lectura crítica de la Teoría de la Ciudad*, Claridad, Buenos Aires, 1996.
- DEL ACEBO IBÁÑEZ, Enrique. «Arraigo y ciudad. (Una aproximación desde el pensamiento sociológico alemán)», *Revista de Occidente*, 91, diciembre 1988, Madrid.
- DEL ACEBO IBÁÑEZ, Enrique. *La idea del hombre*, Macchi, Buenos Aires, 1983.
- BOLLNOW, O.F. *Filosofía de la esperanza (El problema de la superación del existencialismo)*, Cía. Gral. Fabril Editora, Buenos Aires, 1962.
- GEORGE, P. *Sociología y Demografía*, Península, Barcelona, 1969.
- HEIDEGGER, M. *Vorträge und Aufsätze («Bauen, Wohnen, Denken»)*, Pfullingen, 1954.
- LERSCH, Ph. *El hombre en la actualidad*, Gredos, Madrid, 1973.
- PINILLOS, J.L. *Psicopatología de la vida urbana*, Espasa-Calpe, Madrid, 1977.
- SIMMEL, G. *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, *Revista de Occidente*, Madrid, 1977, p. 651.